

CENICIENTA VA AL BAILE

Una joven tullida arrastraba su pierna por la cocina de la casa. Sus hermanas y su madre habían salido de compras por la ciudad. La Cenicienta se había quedado sola, ocultando su vergüenza, que era la de toda su familia. Su cojera no hacía juego con el aire pretencioso de sus hermanas y menos con el pretendido porte distinguido de su madre.

La Navidad comenzaba a engalanar las calles. Todo eran luces y resplandores. Mientras La Cenicienta estaba sentada en la banqueta de la cocina, inmersa en su mundo imaginario, el cartero picó a la casa. La joven abrió con curiosidad la puerta. Al verlo, una ilusión iluminó su corazón. El cartero le dio una notificación en la que constaba que era la ganadora del concurso de cuentos de Navidad de la pequeña ciudad de provincias. Al seguir leyendo la carta, un gran miedo la invadió. El premio lo entregaba el alcalde durante el transcurso de una gran fiesta en el Ayuntamiento. Tenía que ir a un baile! Ella, que jamás se había atrevido a salir de casa, por la vergüenza que le ocasionaba su cojera. Durante las dos semanas siguientes que faltaban para el evento, estuvo inmersa en un mar de miedos y dudas ¿ Ir al baile de la vida o recluirse para siempre en su eterna vergüenza? Al igual que sus heroínas , no era una mujer cobarde. Ello no significaba que no tuviese miedo, pero , como las protagonistas de sus cuentos, atacaba constantemente a los fantasmas que torturaban su

existencia hasta acabar por superarlos, aunque la victoria le costase toda una vida.

Era una noche de invierno. Sus hermanas y su madre habían ido a la ópera. La Cenicienta se puso uno de los muchos vestidos de la hermana que tenía el cuerpo más parecido al suyo. Se miró al espejo y por primera vez en su vida no se sintió como una tullida. Esparció sus negros cabellos con cierta gracia y se pintó sus penetrantes ojos con un color oscuro. Puso un abrigo de terciopelo por encima y se encaminó hacia la parada del autobús. Mientras caminaba por las calles, que tanto tiempo hacía que no había pisado, observaba cómo algunas personas se le quedaban mirando. Su cojera era en gran parte disimulada por el largo vestido de brillos intensos y, al caminar, ese pequeño desequilibrio que tenía se tornaba en una gracia especial ;la gracia de la imperfección, la misma que le había hecho parir tantas historias.

Llegó a la fiesta y todos quedaron deslumbrados por su belleza. Tras la cena y la entrega de premios, un baile dio comienzo. Un excéntrico poeta con chaqueta de cuadros , pantalones vaqueros y una flor en el ojal la sacó a bailar. El Príncipe Surrealista y La Cenicienta estuvieron bailando toda la noche hasta que , exhausta por el cansancio, tropezó y cayó al suelo. Sus piernas quedaron descubiertas por el vestido. Los asistentes , consternados, se percataron de la bota ortopédica de su pierna derecha. La Cenicienta pasó para todos de ser la joven más bella de la fiesta a

encarnar la figura de una pobre y desvalida minusválida , excepto para el Príncipe Surrealista, pues el joven poeta , más observador que el resto, ya se había dado cuenta, desde su aparición en la gala, de su cojera. Lejos de alejarlo, fue eso mismo, su hermosa invalidez, lo que le había fascinado de ella.